

UN VIAJERO ITALIANO EN EL **MÉXICO**
DEL SIGLO **XVIII**: HILARIÓN DE **BÉRGAMO**

MARTÍN CLAVÉ ALMEIDA

UN VIAJERO ITALIANO EN EL MÉXICO DEL SIGLO XVIII: HILARIÓN DE BÉRGAMO

FERNANDO CIARAMITARO

El fraile capuchino Hilarión de Bérgamo transitó por México de 1761 a 1768, su propósito era recaudar recursos para las misiones franciscanas en Asia. Gracias a sus anotaciones y diseños, custodiados en un código de la biblioteca italiana Angelo Mai, hoy en día se conoce la idea que tuvo de la Nueva España un lego-viajero del antiguo régimen.

El único responsable de la paleografía, de la traducción del italiano al castellano, del estudio introductorio y las notas es el profesor Martín Clavé Almeida. El excelente resultado es el erudito libro que lleva por título *El viaje a México de Hilarión de Bérgamo*, publicado por la editorial de la Universidad Autónoma Metropolitana y la asociación Apoyo al Desarrollo de Archivos y Bibliotecas de México.

En el marco de una corta reseña es imposible analizar todos los posibles enfoques analíticos que el texto conlleva, por eso he decidido limitarme al asunto de la traslación: el trabajo sigue siendo una traducción y visto que quien escribe conoce los dos idiomas, el de “entrada”, el italiano, y el de “salida”, el español, y ha leído las dos versiones del viaje a México de Hilarión, puede argumentar sobre el asunto.¹

¹ En México no existe una gran tradición de traductores profesionistas y, así como argumenta Lucrecia Orensanz (“La traducción literaria en México (a principios del siglo XXI)”, en Gabriela Adamo (comp.), *La traducción literaria en América Latina*, Buenos Aires, Paidós-Fundación TyPA, 2012, pp. 141-144), los traductores son gente de letras que, por vocación o interés, “han traducido un caudal de obras literarias”. También en ese caso, Martín Clavé, diseñador e historiador, no es un profesional de la traducción.

Desde hace tiempo la academia internacional ha establecido la distinción entre dos modelos de traslación: la *documental y científica* y la *literaria*. Traducir, además, es una tarea antiquísima y –como es sabido– las primeras traducciones que se realizaron por los acadios tienen una antigüedad de 4000 años y los originales traducidos fueron pergaminos sumerios. La traducción ha sido desde aquel entonces uno de los medios más sustancial, acaso el más trascendental, para la transmisión de la cultura, la acuñación y el perfeccionamiento de nuevas literaturas y el florecimiento de los idiomas empleados para traducir. La prosa y la poesía latinas se ennoblecieron, de hecho, por la traducción de obras griegas y las literaturas occidentales, a su vez, por la traslación de manuscritos helenos, romanos y árabes. Asimismo, es notorio que la traducción consta de dos períodos: la fase de la comprensión del original y la etapa de expresión en el idioma terminal –en este caso el castellano– del contenido de aquella obra. La eventualidad de la traducción depende antes todo de la oportunidad de entender el texto que ha de ser traducido. La comprensión no es traducción, sin embargo es la condición previa y necesaria del traductor y es uno de los dos factores determinantes para la traslación. El otro elemento es la capacidad expresiva del traductor en su propia lengua. Comprensión y expresión son, en suma, las dos “alas” del buen traductor. Si fallara cualquiera de ellas, no se podría despegar.² Martín Clavé ha volado bien porque gran conocedor de los dos idiomas, el italiano y el español.

Otro aspecto problemático de la traslación literaria es el de la armonía entre fidelidad y autonomía, es la “sempiterna negociación” que Clavé cita en relación a los estudios de Umberto Eco.³ El talente más adecuado se sintetiza en el axioma: “Toda la fidelidad posible, toda la autonomía necesaria”. El intérprete-traductor debe aplicarse en custodiar no solamente el contenido del original, sino, igualmente, el olor, el aroma, la potencia y la sonoridad de su lenguaje, incluso las singularidades de su forma expresiva. El traductor, por ejemplo, no debe afirmar tergiversando lo que en el original se enuncia con concisión, “ni por atajo lo que dice el original por rodeo; debe mantener, en fin, la plurisignificación

² Véase, por ejemplo, Valentín García Yebra, *Experiencias de un traductor*, Madrid, Gredos, 2006, p. 60.

³ Umberto Eco, *Decir casi lo mismo. Experiencias de traducción*, México, Lumen, 2008.

del lenguaje literario”, que “es característica fundamental de la función” de la escritura.⁴

Este planteamiento ha llegado a ser lugar común para los teóricos de la traducción y en el ámbito de la lengua castellana fue el filósofo José Ortega y Gasset quien más contribuyó a divulgarlo con su célebre ensayo *Miseria y esplendor de la traducción*.⁵ El intelectual opina que al acercar el original al lector de la traducción “traducimos un sentido impropio de la palabra: hacemos, en rigor, una imitación o una paráfrasis del texto original. Sólo cuando arrancamos al lector de sus hábitos lingüísticos y le obligamos a moverse dentro de los del autor, hay propiamente traducción”.⁶ Sin embargo –y dando un paso atrás– Ortega y Gasset comienza diciendo que traducir es “ilusorio”, es, “sin remedio, un afán utópico”, cosa que según él se debe a que “los quehaceres humanos son irrealizables. El destino –el privilegio y el honor– del hombre es no lograr nunca lo que se propone y ser pura pretensión, viviente utopía. Parte siempre hacia el fracaso y antes de entrar en la pelea lleva ya herida la sien”. Y añade: “Así acontece en esta modesta ocupación que es traducir. En el orden intelectual no cabe faena más humilde. Sin embargo, resulta ser exorbitante.”⁷ No obstante, a lo largo de su erudita análisis, llega cada vez más a la conclusión de que el traducir no solo es posible, sino representa también una tarea importante y “exorbitante”, porque gracias a ella se produce en el lector una “transmigración” hacia dentro del autor extranjero que se lee.⁸ Efectivamente, trasladar es un oficio muy enmarañado: consiste no solamente en traducir bien un texto, sino, sobre todo, en proponer ese universo ajeno e insólito y facilitar el acceso a ello al lector. Traducir es un “artificio técnico” que nos acerca al original sin pretender jamás sustituirlo.⁹

⁴ Valentín García Yebra, “Sobre la traducción literaria”, en Patricia Hörmann Villagrán y María Isabel Diéguez Morales (editoras), *Sobre la traducción literaria en Hispanoamérica. (Actas del primer coloquio chileno-argentino de traducción literaria)*, Santiago de Chile, Pontificia Universidad Católica de Chile, Facultad de Letras-Instituto de Letras, Departamento de Traducción, 1988, p. 24.

⁵ José Ortega y Gasset, *El libro de las misiones*, Buenos Aires-México, Espasa-Calpe, 1945.

⁶ *Ibidem*, pp. 165-166.

⁷ *Ibidem*, pp. 133-134.

⁸ *Ibidem*.

⁹ *Ibidem*, p. 166.

Se puede solo imaginar la gran satisfacción intelectual de Martín Clavé de volver a un texto literario, al estudio de su autor, al esfuerzo por desentrañar el sentido más profundo de su vocabulario y por verterlo con claridad al castellano sin perjudicar su pensamiento original en italiano. De la obra de Clavé hay que subrayar la gran competencia lingüística y su profunda penetración de las palabras vivas, que brotan naturalmente, poseen fortuna anímica y derechamente tocan las vísceras del lector. Así, a lo largo de la lectura, se interpreta la íntima unión de Hilarión de Bérghamo con el pueblo novohispano, su profunda vivencia religiosa, su instinto por las expresiones precisas y la fuerza sugestiva de significación del ritmo de la lengua. Martín Clavé ha “creado”, científicamente, un nuevo lenguaje.

La traducción del *Viaggio al Messico* es un ejemplo feliz de lo que significa también la traslación como vehículo entre dos mundos, con sus culturas y tradiciones distintas.¹⁰ Evidentemente, como aclara Clavé, la traducción de autores foráneos difunde “saberes extranjeros” en la esfera cultural de otro idioma (pp. 44-47). Para poder desempeñar esa pretensión y obtener así una versión impecable, empero, es inevitable que el intérprete conozca y entienda a fondo esa “erudición extraña” personificada por la lengua del escritor traducido. Por esa razón, el traductor debe de ser –como en ese caso– un sujeto al menos bilingüe. Clavé conoce, pues, los dos lenguajes, perenemente los ha oído, los ha escrito y los habla, utilizándolos con desenvoltura. Es un verdadero exégeta y para él es muy difícil aclarar cuál es su cultura lingüística. Después de la lectura, queda claro que las dos, la hispánica y la itálica, viven en él, ambas les pertenecen.

Finalmente, la tarea tal vez más compleja de cualquier traslación es la corrección del estilo. En efecto, en una traducción, la claridad de las frases es de fundamental importancia, porque ayuda en la lectura y engrandece la forma.¹¹ Martín Clavé ha conseguido superarse y en su sugestiva traducción ha embellecido las palabras y las oraciones, ha logrado una fluidez de lenguaje, a veces paradójicamente ausente en el original, que tiene

¹⁰ Véase, por ejemplo, Liselotte Schwarzenberg, “La traducción como vehículo entre culturas”, en Patricia Hörmann Villagrán y María Isabel Diéguez Morales (editoras), *op. cit.*, pp. 99-104.

¹¹ *Ibidem*, p. 104

también un fuerte respaldo en las bellas *figure* dibujadas por el misionero.¹²

Además, el viejo adagio italiano *traduttore, traditore...* no ha condicionado el responsable de la traducción: Clavé ha sabido permanecer lo más cerca posible al lenguaje empleado por el capuchino, transcribir a un español casi a la letra e interpretar palabras y frases para conferir mayor claridad y preciosidad a las expresiones. Éstos son los preceptos que tendrían que guiar cualquier traductor y que determinaron la minuciosa faena de Martín Clavé.

Con la entrega al público hispanohablante del relato *El viaje a México de Hilarión de Bérghamo* se ha cumplido con el cometido de edificar un nuevo y resistente puente entre dos culturas familiares, entre la Nueva España y la Italia de la centuria decimoctava e, igualmente, entre el México y la Italia de la contemporaneidad.

¹² Mírense, por ejemplo, los puntuales y hermosos mapas geográficos dibujados por el italiano: el virreinato novohispano, p. 106, y la Ciudad de México, p. 114.